



www.loqueleo.com

© 2006, Lucrecia Maldonado

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-365-0

Derechos de autor: 025428

Depósito legal: 003500

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre 2006

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2016

Décima quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Actividades: Cecilia Velasco

Prólogo y estudio de la obra: Mercedes Maffa Simon

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Pactos solitarios

Lucrecia Maldonado



loqueleo



*a los 2002
que se dieron cuenta,
estuvieron ahí
y latieron en el lugar de un corazón moribundo*

*a los 2007
que tal vez no lo advierten
pero que están aquí
y aprenden cada día los pasos apurados de la vida*

*y a Alicia Crest,
en donde esté,
por la limpieza de su corazón*

Índice



Prólogo	11
Pactos solitarios	17
Sebastián	19
Laura.....	23
Sebastián	27
Marcelo	31
Laura	37
Sebastián	41
Marcelo	43
Sebastián	47
Marcelo	51
Sebastián	55
Laura	59
Marcelo	65
Del diario de Paula Andrea	69
Marcelo	71
Laura	73
Sebastián	77
La carta	79
Laura	81

Sebastián	87
Marcelo	91
Laura	93
Sebastián	97
Paula Andrea.....	99
Del diario de Paula Andrea	103
Dueto	105
Marcelo	107
Estudio de la obra	111
Cuaderno de análisis	117

Prólogo

Por Mercedes Mafla Simon



Pacto es una palabra que hace pensar en el acuerdo entre dos o más personas. *Solitario*, en cambio, califica el desamparo, el desierto; aunque también el apego a la propia compañía. *Pactos solitarios*, el título de la novela corta de Lucrecia Maldonado, anuncia la contradicción y la tensión de este somero deambular por la interioridad de unos seres impacientes por dar con el lenguaje que los una a los otros y que les permita compartir con ellos el miedo que los aísla. La incomunicación es un tema recurrente en la novela moderna. Detrás existe tal vez una generalizada desconfianza en el lenguaje o, más bien, la aceptación del abuso que lo ha pervertido. Maldonado vuelve al tema y coloca a sus personajes en una nada que los ahoga y de la que ellos buscan salvarse. La mayoría de veces leemos sus pensamientos, es decir, compartimos sus secretos. Cuando los escuchamos hablar sabemos que en sus entrecortadas palabras hay cifrados llamados de auxilio.

11

Los adolescentes que protagonizan la historia comparten idéntica angustia: el silencio. Los conocemos en el momento preciso de la crisis. Junto a ellos está la profesora de Literatura, quien intenta ser el puente hacia las palabras

curativas, las palabras que los saquen del más terrible de los encierros: sus embotadas conciencias. Pero ella lucha por su cuenta contra los propios vacíos. Por una parte, su trabajo le hace poner en escena el entusiasmo final (la literatura como consuelo), mientras que, en la intimidad, padece sus propias angustias y es víctima de la mentira que, como dijo Pessoa, no es más que una imprecisión o, podríamos añadir, el anodino rostro que muestran las palabras cuando el espíritu se ha rendido a la mediocridad que parece reclamar la adultez.

Pactos solitarios intenta ser una novela de aprendizaje y, como tal, recrea el paso que ha de darse para enfrentar los misterios del bosque en el que se pierden los niños de los antiguos cuentos. El bosque que se insinúa en la novela de Maldonado está también lleno de amenazas. Los ogros se han convertido en las sombras de padres violentos; otras veces son fantasmas sin rostro que escriben siniestras amenazas a través del celular. Pero está sobre todo el dolor mismo que causa la soledad. Sin embargo, frente al anonimato del mal (entendido como la estupidez) los solitarios buscan y defienden sus nombres propios: Sebastián, Marcelo, Laura, Paula Andrea pugnan tímidamente para adquirir una voz en medio del tumulto y el bullicio en el que se agazapa la impunidad o la cobardía.

El héroe que desbroza a tientas la oscuridad debe luchar sobre todo contra él mismo. La fuerza que más seduce a quien protagoniza su transformación es la muerte. En *Pactos solitarios* la tentación del suicidio se filtra por doquier. En el fondo se oye el melodioso y trágico sollozo que el poeta cuencano Efraín Jara dedicó al hijo que renegó de la vida.

Lucrecia Maldonado decide, no obstante, por la esperanza, algo que el lector calificará como reconfortante o tal vez como ingenuo. En todo caso, la autora ha hecho un honesto esfuerzo por comprender y cuidar a sus criaturas y ha dado intuitivamente con una veta muy pertinente. Aunque cada novela, para ser tal, debe ser una realidad autónoma, no es menos cierto que se debe también a un referente social e histórico concreto. *Pactos solitarios* bosqueja un mundo adolescente en un país que se niega con auténtica vehemencia a salir del encierro, es decir, que se niega a dejar atrás el sopor de una adolescencia tardía. Si hay algo que hace de la literatura un aprendizaje es aquello que Steiner ha dicho: «Toda verdadera educación consiste en vencer el miedo del hombre a permanecer sentado en su habitación».

arte
de escapar de la depresión
es un arte la contención
del llanto
arte
de vivir y de no pensar
de pactar con la soledad
y aprender a resucitar
cada día de la vida

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

TOQUINHO

*i si mai
penseu en mi
mestra
que dels vostres ullets blaus
neixi sempre aquella pau
que feia un xic mes dolça la escola
i no s'us faci un nus la gola
dient
que han fet
on han dut
al meu grapat de menuts**

JOAN MANUEL SERRAT

* Y si alguna vez piensa en mí, maestra,
que de sus ojillos azules
nazca siempre aquella paz
que hacía un poquito más dulce la escuela
y no se le haga un nudo en la garganta
diciendo: «qué han hecho, dónde se han llevado
a mi puñado de pequeños...»

Pactos solitarios



Todo empieza en este extraordinario lugar de la nada. Sí, en este lugar no había nada, ni nadie, es más, ni siquiera estaba yo. Se oían ruidos extraños que se hacían eco en este lugar infinito. En eso, de la más profunda oscuridad apareció una sombra aún más negra, y con ella apareció también una ráfaga de neblina que iluminó de alguna manera este terrorífico lugar. La sombra avanzaba, había la sensación de que se movía muy rápidamente, sin embargo, no poseía dueño. La sombra se acercaba, cada vez se hacía más grande y causaba más intriga y miedo. En eso se apareció una persona de la cual tan solo se lograba ver la silueta. No se observaba bien, ni siquiera se le podía ver la cara a esta persona. Conforme más se acercaba, más se lo veía. Después de algún tiempo de observación fija hacia esta persona, vi que caminaba de espaldas. No sé por qué, pero no me di cuenta de esto antes. Parecía que esta silenciosa y misteriosa persona caminaba normalmente. Ese es el primer momento en el que descubro estar ahí. Yo me encontraba en esta terrorífica escena y no podía hacer nada al respecto. Esta persona tal vez estaba intrigada acerca de mi presencia en el medio de la nada, o de este lugar que le pertenecía. La persona ya estaba muy cerca de mí, pero solo se veía una silueta negra y robusta. En eso, la sombra llegó

hacia mí. Yo estaba parado sin poder moverme del susto. Casi instantáneamente esta criatura negra se dio la vuelta de una manera sorprendentemente rápida. Yo solo me mantenía quieto. Este hombre no tenía rostro, en vez de eso, cientos y cientos de gusanos cubrían su cara y se expandían por todo el cuerpo.

J. R. G.

Sebastián



¿Cómo será morir? Ahora, con los avances de la medicina, hay mucha gente que regresa y puede contar sus experiencias cercanas a la muerte. Lo dicen una y otra vez: primero te sales de ti mismo, vuelas un rato por encima de todo y ves tu cuerpo, muchas veces destrozado en el pavimento, otras veces rodeado de tus familiares que lloran desconsolados, otras veces rodeado de tus agresores, que se limpian de las manos tu sangre, tu vómito, tus células muertas. Entonces, dicen que se siente una angustia espantosa, pero también dicen que pasa pronto y que, en cuanto pasa, todo es paz mientras se atraviesa el túnel que conduce hacia la luz en donde ya no importa lo que está mal, pues según el mismo Sebastián había leído y según habían comentado en sus largas conversaciones con Paula Andrea, esa luz es ca-

lor, y amor, y aceptación, y Paula sostenía que era Dios, claro, Dios en persona cuidándote en tu entrada al más allá. Solo que creer en Dios no es nada fácil cuando se ve el famoso ícono de sobrecito cerrado en la pantalla del celular y se sabe que es un mensaje de esos que ya no queremos leer, que hemos jurado no volver a leer y que hasta hemos pensado en avisarle a la mami, al papi o a cualquier persona, pero ya se sabe que el que avisa es la chismosa, eso, la niñita de mamá que no puede aguantarse nada, la llorona que corre con cualquier cosa en lugar de defenderse o de aguantarse como el hombre que dice que es. Solo que resulta tan difícil pasarlo sin decírselo a nadie. Sin poder hablar con ninguna persona en el mundo, salvo quizá con Paula que tampoco capta la magnitud del problema, que sonrío y dice que todo depende de uno, que ella ha oído la historia del perrito aquel que entró en una casa de un parque de diversiones y vio que todos los perritos que estaban adentro le gruñían y entonces él también se puso a gruñir y los perritos gruñeron más y mejor, y después entró otro perrito que vio que todos los perritos que estaban ahí le sonreían y él también sonrió y los perritos sonrieron más y lo que pasa es que era una casa llena de espejos, que en últimas así es el mundo, responde de acuerdo a la cara que le pones, gruñidos arrancan gruñidos, sonrisas arrancan sonrisas. Pobre Paula, como si fuera tan simple, claro que ella lo decía por mejor hacer, pero no es así, eso se sabe. No es así. Si algún día, después de todo el rechazo y todo, se te ocurre llegar al colegio lleno de sonrisas, las cosas se van a poner peores, eso es de cajón: te van a tratar como a un idiota, van a pensar que estás haciéndote el simpático o que estás tratando de ganarte a los demás

con zalamerías propias de ya se sabe. Entonces es preferible y mejor que todo seguir con la cara seria, aguantando, soportando, fingiendo que no importa, que no duele, que no es nada, aunque importe, duela y sea todo lo que ocupa el pensamiento durante el tiempo que duran las clases, que a los dieciséis años es la mayor parte del tiempo.

—¿Te han dicho algo de mí, Paula?

Paula Andrea enrojece un poco. Lo mira como sin comprender y repregunta:

—¿No te acuerdas?

—No.

Paula entorna un poco los ojos. Se pone bonita, más bonita, si eso es posible. Al menos a Sebastián le gusta, aunque el resto de los chicos piense que está un poco pasada de peso, que tiene los senos demasiado grandes, que es demasiado trigueña para los gustos de la burguesía ciudadana y que además se viste de un modo... por llamarlo de alguna manera... demasiado original. Además, insiste:

—No sé.

—¿No sabes?

—No.

—¿Seguro? ¿O es que no me quieres decir?

—No sé.

Es tajante, seca en su respuesta, pero en sus ojos negros hay temor, duda. Sebastián ha aprendido a leer aquellos ojos, así como ha aprendido a leer todos los demás ojos, y por eso se da cuenta de que es inútil seguir preguntando, además, porque la parada del bus en la que Paula se baja está demasiado cerca, pero aunque estuviera en Marte, qué más da, ella no va a hablar. Punto.

Laura



*qué desencanto tan hondo
qué desconsuelo brutal
qué ganas de echarse en el suelo y ponerse a llorar...*

23

Laura abre los ojos en la penumbra de la habitación. Los párpados, inflamados, no le dejan apreciar ni siquiera la oscuridad mientras intenta despertar hasta que finalmente la voz de Manuel se abre paso entre las sombras, a su lado:

—Seis y cuarto...

Es la misma voz que la noche anterior habló de crisis, de inseguridad, de no sé si valga la pena seguir con esto, de que no había que preocuparse por lo que pudiera pasar con los niños ni con ella, no les va a faltar nada; es la misma voz que habló de haberse casado demasiado joven, de no haber sabido a lo que se metía, de darse un tiempo, de tomar una decisión, de no sé si te amo, eres una gran mujer, mereces ser feliz, pero.

Sin poder guardar ningún tipo de compostura, Laura ha visto el inicio del derrumbe, ha sentido en su interior un removerse de estructuras, una rotura de paredes, un sordo y apocalíptico rugido de la tierra. Se ha pasado la noche

llorando, encogida en el extremo de la cama, sin saber qué más hacer y luego, al despertar, no se ha sentido precisamente aliviada tras el desahogo, sino vacía, vacía como un cascarón en un basurero, como un desierto sin sombra de oasis, vacía como el mundo al otro día del fin del mundo, y en la mente resonando las palabras magistralmente cantadas por Susana Rinaldi y repetidas sin mucho conocimiento de causa en las guitarreadas con amigos cuando las cosas todavía parecían ocupar su lugar: *qué desencanto tan hondo, qué desconsuelo brutal, qué ganas de*. Qué ganas de nada. De quedarse ahí, quieta, callada, mientras Manuel se levanta despacio, se vuelve sobre su hombro y le pregunta si está bien. Se finge dormida. Qué ganas de dormir durante meses, años, o para siempre, si eso fuera posible sin morir. O quizá también qué ganas de morirse de una vez. Por lo pronto, qué ganas de quedarse ahí, en la penumbra del dormitorio en donde parece que nunca más va a amanecer. Qué ganas de no ir a trabajar. Y de repente, detrás de los párpados quemados por las lágrimas de toda la noche, aparecen las caras y los nombres de todos esos muchachos que se encontrarán sentados en la jardinera frente a la puerta del aula, preguntándose por qué la Lauri no habrá llegado el día de hoy, qué también le habrá pasado, si el viernes anterior se fue bien y tranquila. Entonces, despacio, a pesar de la quemazón de ojos y el desánimo, Laura se levanta dispuesta a comenzar un día más, solo por ellos tal vez, que no vale preocuparles sin motivo.

Aquella fue una semana dura. Laura tenía que forzarse todo el tiempo para no perder la mente, para pensar en los cuentos del Julio Cortázar más que en la crisis afectiva del

Manuel Iturralde, para mantener de alguna manera el cerebro desconectado de las glándulas lacrimales. Uno de esos días, mientras copiaba a mano al final de una clase un poema para la cartelera, Marcelo Romero vino a sentarse en el escritorio y le dijo, en tono confidente:

—¿Sabe que me amaré?

Laura levantó la vista: ahí estaba un muchacho de diecisiete años con la cara de quien descubre el mundo, batiendo unas enormes pestañas de camello sobre los ojos verdes. Laura trató de sonreír:

—Ah, sí. ¿Y con quién?

—Usted le conoce. Es su alumna. Melisa Noboa.

No debía decirlo, pero lo dijo:

—Vea cómo es la vida: yo en cambio me estoy desamarrando —y luego, arrepentida—. Cuide el corazón. Lo importante es que lo pasen lo mejor posible y al final ninguno de los dos sufra mucho.

Marcelo sonrió. Leyó a medias el poema que Laura estaba copiando a mano para la cartelera. Sonó el timbre de cambio de hora y se fue con los demás, mientras Laura seguía dibujando las letras en la cartulina, triste porque se estaba desamarrando, pero contenta porque alguien en el mundo seguía amarrándose, y tenía la confianza suficiente como para contárselo.